

Editorial

Una de las instituciones más controvertidas en la historia de la humanidad ha sido la Iglesia. Desde fuera y desde dentro de la misma ha sido objeto de crítica, de ataque y de apoyo por multitud de personas, de organismos y de agrupaciones humanas.

En nuestros días, una vez más la Iglesia es centro de controversia e incluso punto de referencia para la aceptación o rechazo del cristianismo. Mientras para algunos la Iglesia con todos sus elementos, es decir con sus maravillas y sus deficiencias humanas es aceptada como madre, maestra y guía, para otros termina por ser juzgada como instrumento de poder o estructura de opresión.

A qué se debe tan diversa posición frente a esta sociedad fundada por Cristo y animada por el Espíritu Santo?

Puede ser que la complejidad de este fenómeno perdurable a través de los siglos llamado Iglesia provoque una comprensión múltiple del mismo y produzca por eso reacciones encontradas según el ángulo que se tome en consideración.

La complejidad de la Iglesia manifiesta ante todo un núcleo constitutivo de orden teológico y arraigado en la fe de los hombres en Cristo. Este núcleo, el misterio hermosísimo de la institución eclesial que la conforma en términos de Cuerpo de Cristo o prolongación histórica de la humanidad de Dios, es el aspecto menos perceptible por parte de quienes se acercan a la Iglesia ajenos a la experiencia vital de la fe cristiana.

Por otra parte la presencia y actividad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo dentro de la historia humana y de la sociedad, la hacen entrar en contacto, y muchas veces en conflicto, con el mundo en donde existe y opera. De allí los problemas del desarrollo de la misma Iglesia y de su función en el desarrollo social de la humanidad. Problemas que no serán rectamente examinados si no es a partir de la fe de los cristianos que ha de llevarlos a "sentir con la Iglesia" de la cual son parte.

Si la Iglesia fuera una simple institución humana, hace mucho tiempo que hubiera sucumbido y naufragado en medio de la agitada historia de la humanidad. Pero allí está firme y permanente.

Y es que la Iglesia vive por el impulso vital de un Espíritu que no es humano. Espíritu que la renueva cada día, garantizando su indestructibilidad.

Esto mismo determina que la Iglesia desarrolle en su seno multitud de impulsos y movimientos intelectuales y vitales que van dejando huella en su historia y en su Teología, sin que ninguno de ellos sea el único o el definitivo; ello permite que el pensamiento cristiano se enriquezca con el aporte de cada generación, al mismo tiempo que se purifica en cada movimiento teológico y abandona aquellos elementos que no le pertenecen de acuerdo a su naturaleza surgida de la obra de Cristo y de su Espíritu a través de la fe de los cristianos.

Por eso la Iglesia resurge en cada época y se enriquece con nuevas formas estructurales como en el caso de los Ministerios. Testimonio de su propia vitalidad y de su adaptabilidad provenientes de la simultánea acción del Espíritu y de la concreción de la Historia salvífica.

*** * * * ***

La Facultad de Teología de la Universidad Javeriana ofrece a los lectores de su Revista este número dedicado a la Santa Madre Iglesia con cariño y veneración fruto de su fe eclesial.

Y aprovechando la ocasión para rendir homenaje de gratitud y reconocimiento al Padre Fernando Velásquez, S.J., quien durante 30 años de ininterrumpido servicio ha enriquecido con su magisterio teológico a multitud de generaciones de estudiantes de Teología. Hermoso testimonio de consagración y entrega generosa de la vida a la Iglesia de Cristo presente en sus alumnos.

**Alberto Múnera D., S.J.
Decano Académico de la Facultad de Teología**